

PREMIO PULITZER

MENTIRAS, ESPIONAJE Y LA INVESTIGACIÓN
QUE CAMBIÓ EL MUNDO

DEPREDADORES

**EL COMLOT
PARA SILENCIAR
A LAS VÍCTIMAS
DE ABUSO**



RONAN FARROW

En un dramático relato de violencia y espionaje, el periodista de investigación y ganador de un Premio Pulitzer Ronan Farrow expone los poderosos intereses de los depredadores sexuales, empeñados en cubrir la verdad a cualquier precio.

En 2017, una investigación rutinaria para la televisión llevó a Ronan Farrow a una historia de la que hasta entonces solo había rumores: uno de los productores más poderosos de Hollywood era un depredador sexual, protegido por miedo, dinero y por una conspiración de silencio. A medida que Farrow se iba acercando a la verdad, desde abogados hasta espías expertos en guerras montaron una campaña secreta de intimidación para amenazar su carrera profesional, siguiendo cada paso que daba, e incluso exponiendo un recuento de abusos en su propia familia. Durante todo ese tiempo, Farrow y su productor tuvieron que guardar silencio, hasta ahora en que un rastro de pistas destapó la corrupción y los encubrimientos desde Hollywood a Washington y más allá.

Esta es la historia no contada de las extrañas tácticas de vigilancia e intimidación desarrolladas por hombres ricos, poderosos y bien relacionados para amenazar a periodistas, evadir responsabilidades y silenciar a las víctimas de abusos. Y es también la historia de mujeres que arriesgaron todo para revelar la verdad y alentar un movimiento global.

Una mezcla perfecta de *thriller* de espionaje y periodismo de investigación, *Depredadores* aporta una serie de historias demoledoras sobre el desenfrenado abuso del poder y arroja luz a las investigaciones que sacuden nuestra cultura.

ACERCA DE LA OBRA

«*Depredadores* es un reportaje exhaustivo y una lectura totalmente compulsiva, en la que cada una de sus páginas nos revela detalles provocativos sobre los nombres que controlan los medios, la política y la industria del espectáculo».

E. J. DICKSON, *ROLLING STONE*

«El mejor *thriller* de espías de este año es más extraño, y más aterrador, que una novela. Farrow entretiene una trama que no da respiro, tan convincente como perturbadora, mostrando la corrupción que ha persistido a través de las instituciones de la élite americana durante varias décadas».

DAVID CANFIELD, *ENTERTAINMENT WEEKLY*

«Una lectura obligada. Uno de mis libros del año».

MARGARET ATWOOD

«Al final, la valentía de las mujeres no puede erradicarse. Y las historias —las grandes, las verdaderas— pueden apesarse pero nunca enterrarse».

RONAN FARROW

PARA JONATHAN

Nota del autor

Depredadores es el resultado de dos años de investigación. Se inspira en entrevistas a más de doscientas fuentes, además de cientos de páginas de contratos, correos electrónicos y mensajes de texto, y docenas de horas de grabaciones. Para su redacción se ha seguido la misma rigurosidad en la verificación de los hechos que con los artículos de *The New Yorker* en los que se basa.

Todos los diálogos del libro han sido extraídos directamente de relatos y grabaciones que datan del período de los hechos. Como se trata de una historia de vigilancia, con frecuencia las conversaciones fueron presenciadas o grabadas a escondidas por terceros, y a veces me fue posible obtener sus testimonios y grabaciones. Cuando hice mis propias grabaciones, siempre observé las normas legales y éticas.

La mayoría de las fuentes que encontrarán en estas páginas me han permitido utilizar sus nombres completos. Sin embargo, algunas siguen sin poder hacerlo por temor a represalias legales o por amenazas a su integridad física. En estos casos, se han utilizado los mismos nombres en clave que se usaron para las fuentes durante el proceso de investigación. Antes de publicar *Depredadores* me puse en contacto con todos sus protagonistas para darles la oportunidad de defenderse de cualquier acusación que se hubiera vertido contra ellos. Si decidieron hablar, sus respuestas se han incluido en este libro. En caso contrario, se ha hecho un esfuerzo de buena fe por incluir sus declaraciones públi-

cas hasta la fecha. En cuanto al material escrito que aparece a lo largo del libro, se han conservado las citas originales, incluidos los errores de ortografía y tipográficos.

Depredadores transcurre entre finales de 2016 y comienzos de 2019. Contiene descripciones de violencia sexual que pueden resultar perturbadoras o traumáticas para algunos lectores.

PRÓLOGO

Los dos hombres estaban sentados en un rincón del Nargis Cafe, un restaurante uzbeko y ruso en la bahía de Sheepshead, en Brooklyn. Era finales de 2016 y hacía frío. El local estaba adornado con cachivaches de las estepas y cerámicas con escenas campesinas: abuelas con *babushkas* y agricultores con ovejas.

Uno de los hombres era ruso y el otro ucraniano, pero esta era una distinción sin diferencia alguna: ambos eran hijos de la desintegrada Unión Soviética y ya habrían rebasado la treintena. Roman Khaykin, el ruso, era bajito, flaco y calvo, de nariz respingona y pendenciera y ojos oscuros. El resto de su ser era enteramente pálido: las cejas, una raya apenas, el rostro exangüe, el cráneo liso y reluciente. Era originario de Kislovodsk, que traducido literalmente significa «aguas ácidas». Sus ojos recorrían la sala con constante recelo.

Igor Ostrovsky, el ucraniano, era más alto y rollizo. Tenía el cabello rizado, indomable cuando se lo dejaba crecer. Había huido con su familia a Estados Unidos a principios de los años noventa. Al igual que Khaykin, siempre buscaba la manera de burlar las normas. También era curioso y entrometido. En el instituto sospechó que varios de sus compañeros de clase se dedicaban a vender números de tarjetas de crédito robadas, sondeó el asunto hasta cerciorarse y ayudó a las autoridades a interrumpir la operación.

Khaykin y Ostrovsky hablaban con un acento inglés salpicado de modismos nativos. «¡*Krasavchik!*», decía Khaykin, una palabra que derivaba de «guapo» pero que en la práctica se usaba para alabar el talento o el trabajo bien hecho. Los dos hombres se dedicaban al negocio de la estafa y la

vigilancia. Cuando, en 2011, Ostrovsky se quedó sin trabajos de investigación, tecleó «detectives privados rusos» en Google y, sin pensarlo dos veces, le envió un correo electrónico a Khaykin pidiéndole trabajo. A este le gustó el *chutzhah*^[1] de Ostrovsky y empezó a recurrir a él para trabajos de vigilancia. Después tuvieron una discusión a propósito de los métodos de Khaykin y cada cual siguió por su cuenta.

Cuando llegaron los platos de kebab, Khaykin le explicó lo lejos que había llevado el negocio desde su última colaboración. Un nuevo cliente enigmático había entrado en juego: una empresa, cuyo nombre no dijo, que lo utilizaba a él de subcontratista. Estaba haciendo grandes negocios. «Ando metido en algo cojonudo. Movidas turbias», dijo. Había adoptado nuevos métodos también. Podía conseguir documentos bancarios e informes de crédito no autorizados. Sabía la manera de obtener los datos de geolocalización de un teléfono móvil para rastrear objetivos sin que estos lo sospecharan. Describió cuánto costaban las gamberradas telefónicas: un puñado de miles de dólares para el procedimiento habitual, con opciones más económicas para los pringados más crédulos y con opciones más caras para los más escurridizos. Khaykin le dijo que la táctica ya le había funcionado en el caso de un cliente que lo había contratado para localizar a un pariente suyo.

Ostrovsky concluyó que Khaykin era un fanfarrón, pero necesitaba trabajar. Y, casualidades de la vida, Khaykin necesitaba más manos para ocuparse de su nuevo cliente misterioso.

Antes de despedirse, Ostrovsky volvió a preguntarle sobre el rastreo de teléfonos móviles.

—¿Eso no es ilegal? —quiso saber.

—Ehhhh —dijo Khaykin.

En una pared de azulejos cercana, un nazar azul y blanco colgaba de un hilo, atento.

Parte I

El valle del veneno



1

Cinta

—¿Qué quieres decir con que no se emite mañana?

Mis palabras flotaron por la sala de redacción que empezaba a vaciarse en la cuarta planta del 30 Rockefeller Plaza, antes conocido como el edificio GE, y antes de eso como el edificio RCA. Al otro lado del teléfono, Rich McHugh, mi productor en NBC News, hablaba por encima de lo que sonaba como el bombardeo de Dresde pero no era sino el ambiente natural de un hogar con dos parejas de niños gemelos.

—Acaban de llamar, van a... No, Izzy, tienes que compartirlo... Jackie, no la muerdas, por favor... Papá está al teléfono...

—Pero si es la historia más potente de la serie —dije—. No será la mejor televisión, pero sí la mejor *historia* de fondo...

—Han dicho que tenemos que aplazarla. Es *fakakt* —dijo, comiéndose la última sílaba. (McHugh tenía la costumbre de probar a decir palabras yidis, pero nunca le salía bien).

Emitir una serie de investigaciones consecutivas como la que McHugh y yo estábamos a punto de lanzar precisaba una coreografía. Cada historia implicaba largas y agotadoras jornadas en las salas de montaje de la cadena. Reprogramar una era mucho trabajo.

—¿Aplazarla hasta cuándo? —le pregunté.

Al otro lado de la línea se oyó un crac amortiguado y varias carcajadas seguidas.

—Luego te llamo —me dijo.

Rich McHugh era un veterano de la televisión que había trabajado en la Fox y en MSNBC y, buena parte de la década, en *Good Morning America*. Era ancho de pecho, pelirrojo y rubicundo, y vestía camisas de guinga en el trabajo. Tenía un trato franco y lacónico que contrastaba con la jerga pasivo-agresiva de la burocracia empresarial.

—Tiene pinta de campesino —dijo el jefe de la unidad de investigación que nos había juntado un año antes—. En cualquier caso, habla como un campesino. No pegáis ni con cola.

—¿Y por qué este encargo, entonces? —pregunté.

—Formaréis un buen equipo —respondió encogiéndose de hombros.

McHugh se mostró escéptico. A mí no me gustaba hablar de la historia de mi familia, pero casi todo el mundo la conocía: mi madre, Mia Farrow, era actriz; mi padre, Woody Allen, era director de cine. Mi infancia había quedado estampada a lo largo y ancho de los tabloides sensacionalistas después de que mi hermana Dylan de siete años lo acusara de agresión sexual y de que él iniciara una relación sexual con otra de mis hermanas, Soon-Yi, con la que se acabó casando. Hubo un puñado más de titulares en la prensa cuando ingresé en la universidad a una edad inusualmente joven y cuando partí rumbo a Afganistán y Pakistán como consejero en asuntos de juventud del Departamento de Estado. En 2013 firmé un contrato de cuatro años con NBCUniversal para presentar un programa de mediodía en su canal de noticias por cable, MSNBC, durante su primer año de emisión. Yo soñaba con convertirlo en un programa serio, que se basara en datos fehacientes, y hacia el final me enorgullecí de haber utilizado una franja horaria tan poco propicia para mis historias de investigación. El programa re-

cibió algunas críticas malas al comienzo, buenas críticas al final, y pocos espectadores de principio a fin. Su cancelación pasó prácticamente desapercibida; después, durante años, alegres conocidos me abordarían en fiestas para decirme que les encantaba el programa y que seguían viéndolo a diario. «Muy amable por su parte», les respondía yo.

Luego me integré en la cadena como corresponsal de investigación. En cuanto a Rich McHugh, yo era para él un joven peso pluma con un apellido famoso en busca de algo que hacer porque mi contrato estaba durando más que mi programa televisivo. En este punto es cuando debería decir que el escepticismo era mutuo, pero yo solo quiero caerle bien a todo el mundo.

Trabajar con un productor fuera de casa implicaba pasar con él mucho tiempo en vuelos y coches de alquiler. En nuestros primeros rodajes se hacía el silencio entre nosotros mientras los guardarraíles destellaban por las ventanas, o yo colmaba ese silencio con un parloteo incesante sobre mí que arrancaba algún que otro gruñido a mi compañero.

Pero el dúo empezó a producir poderosas historias para *Today*, mi programa diario de series de reportajes, y para *Nightly News*, así como un reticente respeto mutuo. McHugh era la persona más lista que yo había conocido en el negocio de las noticias y un agudo redactor de guiones. Y a los dos nos gustaban los temas peliagudos.

Después de la llamada de McHugh, miré los titulares de la televisión por cable en uno de los televisores de nuestra sala de redacción y luego le escribí un mensaje de texto: «¿No se atreven con la agresión sexual?». La historia que nos habían pedido que reprogramáramos iba de universidades que torpedeaban investigaciones de agresiones sexuales en sus campus. Nosotros habíamos hablado tanto con las víctimas como con los supuestos autores de las agresiones, que unas veces se habían echado a llorar y otras habían pedido salir con el rostro oculto. Era la clase de reportaje que, en la franja horaria de las ocho de la ma-

ñana prevista para su emisión, hubiera provocado que Matt Lauer frunciera el ceño, expresara su más sincera preocupación y acto seguido pasara a un segmento sobre el cuidado de la piel de los famosos.

McHugh contestó a mi mensaje: «Sí. Primero lo de Trump y ahora las agresiones sexuales».

Era un domingo por la tarde de principios de octubre de 2016. El viernes anterior, el *Washington Post* había publicado un artículo que tituló con mesura: «Trump grabado en conversación extremadamente obscena sobre mujeres en 2005». Un vídeo, de esos que entraban en la categoría de «no apto para ver en el trabajo», acompañaba el artículo. En un soliloquio grabado por *Access Hollywood*, un programa de noticias sobre famosos, Donald Trump salía perorando sobre cómo agarrar a una mujer «del coño». «Intenté follármela. Estaba casada. Ahora se ha puesto unas tetas falsas y toda la parafernalia», decía.

El interlocutor de Trump era Billy Bush, el presentador de *Access Hollywood*, un hombre menudo con un pelazo. Si lo colocabas al lado de cualquier famoso, producía una lluvia incesante de chistes de alfombra roja nada memorables pero alguna vez curiosos. «¿Cómo lleva tener ese culo?», le preguntó una vez a Jennifer López. Cuando ella, visiblemente incómoda, le replicó: «¿Se está quedando conmigo? No puedo creer que me haya preguntado eso», él respondió: «Pues ¡acabo de hacerlo!».

Total, que cuando Trump describía sus proezas, Bush gorjeaba y soltaba risitas de aprobación. «¡Sí! ¡Donald se ha marcado un tanto!».

Access Hollywood era propiedad de NBCUniversal. Después de que el *Washington Post* diera la primicia aquel viernes, las plataformas de la NBC retransmitieron sus propias versiones. Cuando *Access* divulgó la cinta, suprimió algunos de los comentarios más picantes de Bush. Algunos